



LA NOVELA FILM

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción } Cortes, n.º 651
Administración } BARCELONA

AÑO II

N.º 102

SATURDAY NIGHT
1922

LA VIDA NO ES NOVELA

PRECIOSA COMEDIA DRAMÁTICA
interpretada por los célebres artistas :

LEATRICE JOY, CONRAD NAGEL,
THEODORE ROBERTS, etc.

PARAMOUNT PICTURES CORPORATION

11

Exclusiva de

SELECCINE, S. A.

LA VIDA NO ES NOVELA

ARGUMENTO DÉ LA PELÍCULA

*Prohibida la
reproducción*

*Revisado por
la censura*

... *Y vivieron para siempre felices.* Así acaban la mayor parte de los cuentos, sin pensar sus autores, o no queriendo pensar, y esto es lo más probable, que, precisamente, donde ellos terminan es donde empieza el verdadero problema de la vida.

En un barrio pobre de la capital, vivía una moderna Cenicienta, Margarita O'Day, hija de una pobre lavandera, que estaba ya hastiada de su trabajo y de sus medias de algodón, y soñaba con sedas y perfumes, con collares de perlas y con un Príncipe Encantado que la hiciese su esposa.

Se hallaba aquella mañana tendiendo ropa en el patio cuando quedó en uno de sus éxtasis de grandeza. Se le figuraba que aquellas cuerdas que ahora tenía entre sus manos eran collares de gruesas perlas y las acariciaba con la fascinación que ejercen las joyas sobre el alma de la mujer. Su madre, mujer práctica y poco dada a los ensueños, al verla pensativa le dijo:

—¿Cuándo dejarás de soñar que detrás de cada tinaja te espera un Príncipe para casarse contigo?

Y la chiquilla volvió a la grosera realidad, tendiendo aquellas finas ropas que le hablaban de una vida nueva.

Al otro lado de la empalizada vivía un antiguo compañero de juegos infantiles de Margarita: Tomás Mc. Guire, un mecánico que estaba tan harto de su vida de trabajo como Margarita de la suya.

Acababa de vestirse. Quedó satisfecho del minucioso examen que hizo de su persona. Y cogiendo un fino pañuelo de mujer que tenía sobre el tocador, lo llevó a los labios, besándolo y aspirando después su delicioso perfume.

¡Ay, este pañuelo! Era de la "señorita"; lo había perdido al subir al automóvil, y Tomás, deseoso de poseer algo de aquella hermosa mujer, Lina Van Suydam, lo guardó rápidamente en el bolsillo. Sentía, confusamente, amor por la linda criatura. Pero... había tanta distancia entre ellos, ella era tan rica y él un humilde mecánico. ¡Locuras!

Absorto estaba en sus meditaciones, cuando una cabra, asomándose por entre los tablones rotos que separaban a los inquilinos, se apoderó tranquilamente del pañuelo que Tomás había vuelto a dejar en su sitio y emprendió rápida huída con él.

Soliviantado, el joven penetró en casa de Margarita, donde se había refugiado el animal. El pañuelo estaba casi hecho jírones, pero él logró recuperarlo.

—Como tu cabra vuelva a comerse una cosa mía—le dijo a Margarita—, voy a hacerme una alfombra con su piel.

Se alejó refunfuñando. La muchacha le siguió, y apartando una de las tablas de la empalizada dijo:

—Te aseguro, Tomás, que si fueses mi marido tendrías que ocuparte menos del brillo de tus polainas y un poco más de tus modales.

—Y si tú fueses mi mujer hablarías menos y trabajarias más—le replicó el joven.

Continuaron reñían, aunque en el fondo fuesen muy buenos amigos; una amistad conservada a través del tiempo.

En el barrio aristocrático vivía Lina Van Suydam, una de esas flores de invernadero de las grandes ciudades que jamás han sabido lo que es el trabajo; una

muchacha romántica que no tenía otra ilusión que la de vivir en una casita de campo y dedicarse a las labores que ella imaginaba poéticas.

Mientras Lina soñaba en su dorado palacio, Ricardo Prentis, su novio, un joven millonario, estaba tan harto de las muchachas de su clase, como ella lo estaba de los hombres de la suya.



—Te aseguro, Tomás, que si fueses mi marido tendrías que ocuparte menos del brillo de tus polainas y un poco más de tus modales.

Eran novios, pero este casamiento no contaba con el beneplácito de sus corazones; lo habían hecho las respectivas familias, era un futuro matrimonio de conveniencia.

Ricardo trabajaba en su despacho. Su secretario le anunció que acababa de telefonar la señorita Lina,

preguntando si podía acompañarla a dar un paseo en *auto* dentro de media hora.

—Sí, sí; dígale que acepto—contestó con displicencia el joven. Le aburria la compañía de esa novia que sólo le interesaba superficialmente.

Las cosas más nimias pueden alterar el curso de una vida. Margarita O'Day, la chiquilla soñadora que ya conocemos, iba a devolver aquella mañana la ropa recién lavada y planchada, a la casa de los señores Prentis. Como una criada de mal genio no la dejará pasar por la escalera de servicio, "pues estaba fregando y la ensuciaría", Margarita decidió subir por la escalera principal.

¡Oh, qué hermoso era el palacio de los señores Prentis! La chiquilla estaba maravillada. El mayordomo, al verla subir le preguntó, con esa insolencia propia de los criados de casas grandes, por qué motivos no pasaba por la escalera de servicio.

—La vieja fregona no me ha dejado pasar—respondió.

Y siguió hasta llegar al primer rellano.

Pero sea por el atolondramiento, sea porque resbaló, lo cierto es que Margarita perdió pie y cayó escalera abajo. En la caída, arrastró una pecera que se hallaba sobre una pilastra. Se abrió el cesto que contenía las ropas, y aquellas finas prendas quedaron por los peldaños, arrugadas e inservibles para una familia tan pulcra como la de Prentis.

Al ruido que produjo el accidente salió de su despacho Ricardo Prentis, acudiendo en socorro de la muchacha.

—¡Pobre chiquilla; no se afilia!

Y ella, mirando las ropas que había dejado caer, contestó con un suspiro:

—Su hermana de usted, la señorita Elisa, es quien más va a sentir esto.

Le pareció a Ricardo adorable aquella linda criatura. Su hermana Elisa se presentó en la escalera. Al ver sus ropas en aquel estado, lanzó una exclamación

de sorpresa. Margarita la miraba con miedo. Y Ricardo intervino:

—Esta pobre muchacha está preocupadísima por lo ocurrido con tu ropa, Elisa, pero yo le he dicho que se tranquilice, que tú lo que más sentirías es que se hubiese hecho daño.

Pero Elisa, con una sonrisa de frialdad, de mujer millonaria que trata despectivamente a la pobre mendiga, dijo a la lavandera:

—Procure traerme esta ropa lavada y planchada, esta misma noche, a las diez, sino la daré a lavar a otra lavandera.

Y mirando extrañada a Ricardo por el interés que parecía inspirarle la pequeña, salió de allí con el aire infatulado de una Princesa.

Margarita, recogiendo las ropas deshechas, exclamó:

—Para volver a planchar y lavar esta ropa, voy a necesitar varias horas. Y como hoy es sábado, mi madre me ha dicho que podía ir a divertirme a Coney Island.

Lleno de ternura por aquella chiquilla que desconocía las comodidades de la riqueza, contestó el joven millonario:

—No se preocupe. Si me permite que la lleve a su casa en mi *auto*, antes de las diez todo estará listo.

Ella aceptó encantada. Y asiendo entre los dos el cesto salieron a la calle, donde aguardaba siempre el automóvil de Ricardo.

En aquel momento se detenía ante la casa de Prentis el automóvil de Lina Van Suydam, que lo guiaba, llevando a su lado al mecánico Tomás. Al ver a Ricardo con la lavandera, se sorprendió.

Ricardo rogó a Margarita subiese al coche, y fué a explicar a Lina lo que pasaba. Pero ella, con cierto enfado, replicó:

—Si no fueras mi novio, podrías ser todo lo servicial que quisieras con la lavandera; pero mientras lo seas, es conmigo con quien debes ir de paseo.

—Lina... La pobrecita está medio descalabrada porque se ha caído por la escalera de la casa... Quédate

con mi hermana y mi madre unos minutos... Vuelvo en seguida...

—No tengo costumbre de esperar a nadie—contestó la joven sintiéndose humillada—. Si te vas de paseo con tu lavandera, yo me iré con mi *chauffeur*...

—Tengo que acompañarla...

—Pues bien... Tomás, haga el favor... Nos vamos.

El mecánico, que estaba hablando con Margarita, extrañado al verla en tan espléndido automóvil, acudió al llamamiento de la señora. Y acomodándose junto a Lina, ésta lanzó el motor a toda marcha, desapareciendo tras una nube de polvo.

Ricardo, ante la actitud de Lina, se encogió de hombros y dijo:

—¡Bah! Ya le pasará el enfado.

Y acercándose al coche donde Margarita estaba sentada, más contenta que nunca, la saludó y dijo sonriente:

—A sus órdenes, señorita.

Ella, carácter risueño y encantador, como si efectivamente fuera una gran señora, hizo un gracioso movimiento, ordenándole que pusiera el coche en marcha.

Y mientras Ricardo acompañaba a Margarita a su casa, Lina corría con fantástica velocidad por la carretera. Tomás, el mecánico, temía estrellarse a cada momento.

Estuvieron a punto de ser víctimas de un accidente. El paso de la carretera estaba cortado y Lina tuvo que hacer un violento viraje para detener el coche, casi al borde del precipicio.

—Señorita—dijo Tomás—, habrá que ir por ese camino provisional... No es más que un rodeo de tres millas...

—Tres millas son mucho rodeo para mí... Pasaremos por el puente del ferrocarril...

El puente sin barandillas tenía la misma anchura que la vía del tren y estaba prohibido, naturalmente, el paso de toda clase de vehículos.

Tomás intentó disuadirla del descabellado propósito.

—Pero, señorita, lo que quiere usted hacer es una temeridad...

—A mí no tiene que decirme nadie lo que puedo o no puedo hacer... Si tiene usted miedo, bájese del coche y vaya a pie...



Ella, carácter risueño y encantador, como si efectivamente fuera una gran señora, hizo un gracioso movimiento ordenándole que pusiera el coche en marcha.

Tomás se resignó, y con el corazón tembloroso se dispuso a pasar el peligro. El puente era largo y estrecho. Las ruedas del coche se deslizaban velocemente sobre los rieles del tren. Estaban a una gran altura; a ambos lados se abría el insondable abismo.

Y la audacia podía costarles cara... Se hallaban en mitad del puente, cuando el silbato del tren les advirtió que dentro breves momentos tendrían el ferrocarril encima.

No había tiempo que perder. Imposible retroceder o avanzar, iba a aplastarles sin remedio. La muerte parecía segura. Lina estaba horrorizada, cubierta por una palidez mortal. Pero Tomás, con gran presencia de ánimo, cogió a la señorita y, abandonando el automóvil en medio de la vía, agarróse con todas sus fuerzas a uno de los tablones salientes del puente, quedando suspendido sobre aquella inmensa altura.

Un segundo después, el tren a gran velocidad aplastó el automóvil. El maquinista detuvo el convoy y los viajeros acudieron en socorro de Lina y Tomás, que iba perdiendo rápidamente las fuerzas.

Les auxiliaron no sin que el jefe del tren condenara su imprudencia.

—Yo he tenido la culpa—dijo Tomás, disculpándose—. El ferrocarril no tendrá que pagar ninguna indemnización.

Abandonaron el puente. Lina seguía aún palpitante de emoción y de gratitud por el hombre que la había salvado.

—Tomás—le dijo suspirando—, acabo de darme cuenta de lo que vales. Otros no hubieran hecho por mí lo que tú has hecho... Y menos teniendo yo la culpa de lo ocurrido.

—¡Pobre señorita! Usted no tiene la culpa de nada...

Y los dos se miraron, y en esta mirada hubo destellos de promesas de amor. La muchacha se consideraba una heroína de novela, salvada por el caballero de la leyenda. A sus ojos, Tomás se transfiguraba como un ídolo, como un dios. Lo olvidó todo... Y casi junto a él, con los labios palpitantes, dijo:

—¡Tomás!

El muchacho, ante la mujer que adoraba, no pudo

contener los impulsos de su alma, y sin acordarse de que era un mecánico, un hombre húmedo, la estrechó contra su corazón.

* * *

Aquella misma noche se celebraba una fiesta en casa de los Prentis. Lina y Ricardo hablaban de mil cosas frívolas, reconciliados ya del disgusto de la mañana anterior. La joven olvidaba la escena trágica de pocas horas antes y el amor del mecánico, para vivir exclusivamente, en aquel momento, por el lujo y la riqueza que la rodeaban. Elisa, la hermana de Ricardo, se acercó a los novios y les dijo:

—¿Nos os parece que sería muy oportuno anunciar oficialmente vuestro noviazgo esta misma noche?

Sonrieron... Pero en el fondo se sentían distanciados el uno del otro... Lina, al conjuro de aquellas palabras, soñó en el *chauffeur* que le había salvado la vida, y Ricardo pensaba en que era muy bonita la hija de la lavandera.

No contestaron. Y cuando Lina, accediendo al ruego de uno de los invitados, se dirigió a bailar, Ricardo exclamó ante su madre y Elisa:

—Supongo, mamá, que tanto usted como Elisa preferirán esperar a las fiestas de Carnaval para anunciar la boda. ¿No era eso lo que todos habíamos pensado?

Y sin esperar respuesta, se alejó paseando por el salón que resplandecía de luz.

Margarita había entrado en la casa con el cesto de la ropa lavada y planchada de nuevo. Aguardaba en un saloncito para entregar el paquete, cuando llegó hasta ella el eco de la música que espaciaba su irresistible melodía.

Llevada de su temperamento juvenil y alegre, cogiendo uno de los almohadones que estaban sobre un diván, comenzó a bailar, como si lo hiciera realmente con un apuesto mancebo.

Ricardo, aburrido y hastiado de aquel mundo que le ponía de mal humor, salió para librarse del aire cargado del salón de baile y entró en el cuarto donde bailaba donosamente la hija de la lavandera.

El joven, a la vista del inesperado espectáculo, no pudo contener la risa.

—¿No le gustaría a usted tener otra pareja mejor que ese almohadón para bailar?

Margarita se asustó. ¡Ay!... pedía perdón... ¡pero aquella música sonaba tan bien!

—Siga usted bailando, siga... Pero conmigo...

Y abrazó a la linda joven, bailando con ella un fox que le supo a gloria.

Elisa, a la que habían avisado que estaba la muchacha, quedó estupefacta al ver a su hermano con la humilde chica.

—¿Tanto te avergüenzas de tu invitada, Ricardo—dijo con sorna—, que no te atreves a presentarla en el salón?

Margarita, herida por estas palabras, se sonrojó. Ricardo quiso tranquilizarla.

—Supongo que será usted lo suficiente generosa para perdonar la falta de cortesía de mi hermana y se dignará terminar este baile en el salón.

—Te prohíbo que la lleves al salón... Ten en cuenta que no se trata de un baile de máscaras...

Pero el joven, sintiendo por Margarita un repentina amor y deseoso de enaltecerla, continuó bailando con ella. Abrió la puerta que conducía al salón y se

deslizó entre las demás parejas que danzaban al compás de la orquesta. Elisa quedó horrorizada. ¡Oh, indudablemente su hermano se había vuelto loco!

El asombro de los invitados fué enorme cuando vieron a Ricardo de pareja con una muchacha obrera, humildemente vestida, que sonreía complaciente. Contrastaba su sencillez con la riqueza y el lujo de las otras damas. Poco a poco éstas se fueron sentando, extrañadas por el imprevisto acontecimiento.

La madre de Ricardo, advertida por Elisa, ordenó que dejara de tocar la música. Lina, que hasta aquel momento no se había dado cuenta de lo que ocurría, sintió por su novio un profundo desdén. Y salió del salón porque no quería continuar siendo víctima de aquel escarnio.

Elisa la siguió:

—Lo mejor que puedes hacer para darle gusto es marcharte... No te vayas, Lina, y verás como nos vamos a reír de ella ahora mismo.

Y llamando a todos los invitados, dijo solemnemente ante ellos:

—Señoras y caballeros: brindemos por la señorita Lina Van Suydam, cuyo compromiso de boda con mi hermano Ricardo tengo el honor de anunciarlos.

Ricardo había abandonado también el salón y le decía a Margarita:

—Ha estado usted adorable... No olvidaré este baile mientras viva...

Y abrazaba paternalmente a la chiquilla, que creía vivir un sueño de hadas. Mientras se hallaban absortos, mudos de felicidad, llegaron a sus oídos las imprudentes palabras de Elisa.

Ricardo sintió un profundo disgusto... Se vió de pronto rodeado por varios amigos que acudían a felicitarle... ¡Ay! No era ocasión aquella de desmentir a su hermana y dar un escándalo... Y tuvo que despedirse de Margarita, que salió turbada aún por la emoción vivida...

Fué al encuentro de Lina, que se preguntaba si sería realmente feliz con aquel hombre... ¡No!

¡No!... Amaba a otro, al mecánico, que era la aventura... Pero como Elisa y todos los invitados brindaban por la felicidad de los novios, sonrió también, resignándose ante la unión que parecía inevitable... Y además porque había sentido su orgullo herido al ver bailar a su novio con aquella hija del pueblo.



—Ha estado usted adorable... No olvidaré este baile mientras viva...

Elisa quiso hacer olvidar el mal efecto producido a todos por la presencia de Margarita, y después del anuncio de la boda no aludió en lo más mínimo a la extraña invitada... Cuantos estaban allí quedaron sin descubrir el enigma que encerraba el rápido paso de aquella humilde mujer...

Al día siguiente los periódicos anunciaron la próxima boda de Lina con Ricardo Prentis. Al leer esta noticia, Tomás dirigióse al encuentro de su señorita. ¿Era aquello verdad?... ¿Pues entonces... él... lo de aquel día?...

Ella inclinó la cabeza como anonadada. Los demás mandaban en su corazón.

—Pues bien, señorita—le dijo el joven—, tendrá usted que buscar otro *chauffeur*, porque yo he decidido dejar mi empleo hoy mismo.

El alma de Lina se sublevó.

—Tomás, por favor, no me dejes...

¡Oh! A pesar de todo, estaba enamorada de aquel muchacho que tan bien se había portado siempre. La idea de no verle más, la espantó. Le amaba... sí... le amaba. Y sintióse compadecida y quiso romper el compromiso que la unía con el otro.

—¿No nos amamos, tú y yo, Tomás? Pues esto es lo único importante. Llévame contigo donde pueda guisar tus comidas, coser tu ropa y ser tu esposa.

—Pero ¿de veras me quieres... no me engañas?

Y sus labios se acercaron para darse un beso... Pero en aquel momento el tío de Lina, hermano de su padre, que cuando ella quedó huérfana la recogió, entró en la habitación. Había estado en su despacho, solazándose con la noticia de la boda de su sobrina,

y ahora pensaba puntualizar con ella algunos detalles. Encontró a los dos jóvenes con los labios casi juntos y palideció.

—¿Qué significa esto?—interrogó con la mirada anhelante.



Y sus labios se acercaron...

—Tío—contestó Lina alborozada por el ardor romántico—. Hoy es el día más feliz de mi vida porque voy a casarme con el hombre que amo de veras...

—¿Con Ricardo?

—No, con Tomás.

Rugió de indignación el anciano. Lanzó una mirada de desprecio al *chauffeur* que asistía humilde-

mente a la escena. ¡Ah, estúpido cazador de dotes! ¿Es que quería la fortuna de Van Suydam? Llamó a su secretario y le ordenó:

—Que no le vuelvan a dar un céntimo a la señorita Lina. Y avise a todas las tiendas que no responderé de ningún gasto que haga mi sobrina.

—No quiero su dinero—dijo Tomás con voz tran-



Había estado en su despacho solazándose con la noticia de la boda de su sobrina...

quila—. Amo a Lina por ella misma. No me importa su fortuna.

Y la despojó de sus collares y sortijas, que dejó encima de la mesa. La muchacha estaba temblorosa.

—Ahora que Lina tiene menos que antes, me la llevaré de aquí y me casaré con ella.

Y abrazando a Lina salió de la habitación al tiempo que el viejo, paralizado por la sorpresa, le gritaba:

—No se olvide de devolverme el uniforme...

Poco después, un pastor bendecía ante Dios la unión de Tomás y Lina.

Por la tarde, Ricardo Prentis fué a ver a la hija de la lavandera. Quería darle explicaciones por lo sucedido el día anterior. Además, una atracción irresistible le llevaba junto a la muchachita que le hacía soñar en un amor venturoso.

Margarita le recibió con entusiasmo. Aquel hombre era el Príncipe soñado que podía llevarla al altar. Pero la lavandera, con aire compungido, rogó al millonario:

—No quiero que vuelva usted a ver más a mi hija. Despierta usted en ella ilusiones que la pobre no podrá ver realizadas nunca.

—¿Por qué?

Una vecina irrumpió en la habitación y comunicó que por el barrio no se hablaba de otra cosa que de la boda de Tomás Mc. Guire con la millonaria Van Suydam, efectuada aquella misma mañana.

Esta noticia dejó estupefacto a Ricardo. ¡Lina, la mujer que debía ser su esposa, casada con otro! ¡Bah! No sintió gran disgusto. Precisamente allí, en

aquella casita, estaba la mujer única, la que le haría feliz.

Y desoyendo los consejos de la lavandera, dijo a Margarita:

—Chiquilla, te amo y estoy dispuesto a casarme contigo por encima de todos y de todo.

La madre no quería consentir en la boda. Pero Ricardo, discutiendo con ella, la encerró en una pieza contigua para que no les molestara.

Margarita estaba radiante. ¡Oh, el sueño tomaba forma de verdad!

—Te amo, Ricardo, te amo—dijo abrazándole—. Eres mi único señor...

Y estremecidos por el amor se dirigieron a casa del cura, donde recibieron la bendición nupcial. Y aquí podríamos acabar la historia diciendo que los dos matrimonios fueron muy felices, pero *la vida no es novela...*

Una vez casado, Ricardo, acompañado de su esposa se dirigió a su palacio. Elisa, al verles llegar, frunció el ceño. ¿Es que su hermano continuaba cultivando aquella estúpida relación?

—Elisa, quiero presentarte a mi esposa, Margarita O'Days de Prentis.

Estas palabras causaron a Elisa una estupefacción indescriptible. Y respondió con ánimo de zaherir a Margarita y al ver que ésta movía descompasadamente la boca.

—¡Caramba, Ricardo! Veo que a tu mujer le gusta mascar goma. ¡Te felicito por ello!

Margarita estaba, como es natural, en cuanto a usos y costumbres sociales, muy por debajo de lo que era menester. Se horrorizó al ver fumar a Elisa...

Una criada la acompañó al cuarto azul que debía ocupar en la casa. La chiquilla estaba maravillada.

—Señora, el baño está preparado...

—Pero, por qué he de bañarme hoy si no es sábado?—replicó Margarita.

¡Ay, las costumbres de la clase alta! ¡No podría transigir con ellas!

Cuando Elisa comunicó a su madre que Ricardo se había casado con la hija de la lavandera, la encopetada dama se desmayó. Al tornar en sí, recriminó a Ricardo lo que había hecho. Pero éste comunicó el casamiento de Lina y cómo había sido burlado por ella, y dijo:

—Margarita es buena, Margarita me hará feliz.

—¿La amaréis?

Y la madre, resignada, respondió:

—Lo probaremos.

Otro matrimonio comenzaba también su vida. Tomás y Lina. Vivían en una modesta casita donde el terreno quedaba bien aprovechado. A la esposa, acostumbrada a los lujos de su palacio, le pareció pobre todo aquello. Pero el amor embellecía el nido.

Tomás, que acababa de despojarse de las ropas de *chauffeur*, dijo a su mujer:

—Vuelvo en seguida. Voy a devolver el uniforme a tu tío y a ver si encuentro otra colocación.

Cuando Tomás desapareció, se preguntó Lina si no había obrado precipitadamente al casarse de aquel modo. ¿Sería feliz con aquella existencia sencilla?

Y pasaron los días. La prosaica realidad comenzó a demostrar a los recién casados que *la vida no es novela*.

En el hogar de Ricardo Prentis se celebró una espléndida cena. Ricardo, aunque enamorado de Margarita, no dejaba de comprender que a su esposa le faltaba aún el barniz social. La madre y hermana de Ricardo no podían disimular su antipatía por la intrusa.

Aquella noche, Margarita fué presentada al mundo elegante y murmurador, que no le perdonaba su humilde origen y se reía ante ella. Uno de los invitados, sabio profesor astrónomo, le preguntó:

—Señora, ¿le interesan a usted las estrellas?

—Todas las estrellas me gustan mucho, pero algunas como Rodolfo Valentino, me entusiasman—respondió Margarita con la mayor naturalidad.

El sabio la contempló estupefacto. Ricardo sufría lo indecible.

Durante la cena, Margarita habló sin ton ni son, atrevida, locuaz, sentada entre el astrónomo y un distinguido diplomático. Al propio tiempo les molestaba con el abanico y bebía de un modo abrumador. Elisa y su madre estaban rojas de vergüenza.

Viendo que comenzaba a subírselle el alcohol a la cabeza, Elisa ordenó al criado que no le sirviera más vino a Margarita.

Pero la joven protestó.

—¿Cómo no me pone usted vino?—dijo al sirviente. Quiero beber, quiero beber mucho...

Y ella misma llenó de nuevo la copa hasta rebosar.

El espectáculo era lamentable. Margarita, perdida ya la noción de las cosas, tenía desenfados y atrevimientos impropios de una señora.

El alcohol la sumió en un estado de languidez. Y reclinando la adorable cabecita en el hombro del diplomático, se quedó dormida.

Ricardo, dándose cuenta de que era necesario disculpar a su esposa, la levantó como una pluma y dijo a sus amigos:

—Señores, siento mucho que la indisposición de mi esposa me obligue a ausentarme por unos momentos.

Y la llevó a su alcoba. ¡Ay!, ¿qué había hecho? ¿Cómo cometió la insensatez de casarse con una mujer que no era de su clase? Y sin embargo, la amaba aún.

Los invitados comentaron a media voz los graciosos incidentes a que daba lugar la sed excesiva de Margarita.

Acabó aquella noche de humillación. Cuando la casa quedó desierta, la madre de Ricardo, acercándose a su hijo exclamó:

—¡Pobre hijo mío! ¡Te has equivocado miserablemente en el problema más serio de tu vida!

El muchacho, levantando la cabeza y con gesto de desaliento, dijo:

—Escúchame, mamá. Siento mucho la humillación que Margarita os ha hecho pasar esta noche y os

pido perdón en su nombre. Pero es mi esposa y vivirá para siempre en esta casa. ¡Soy un hombre honrado!
—¡Ay, Ricardo! ¿Por qué hiciste eso sin consultarme?

—Porque escuché la voz de mi corazón.

También aquella misma noche, en el hogar de Tomás, Lina comenzaba a sentir de cerca la pro-



—Señores, siento mucho que la indisposición de mi esposa me obligue a ausentarme por unos momentos.

saica realidad de la vida. Ella era la mujer distinguida, enamorada de los pequeños detalles, del baño diario, de la pulcritud extremada. Tomás era un hombre vulgar, práctico y casero, que huía de todo lo que le parecía superfluo. La vida era dura. Lina, desheredada por su tío, no contaba con un céntimo.

Tomás no tenía colocación y estaban consumiendo el poco dinero ahorrado.

Tenían invitados. Un matrimonio, amigo de Tomás, que se quedaba a cenar con ellos. Eran ordinarios, aburridos; comían groseramente. Lina sentíase alejada de allí. Para distraerse fumó un cigarrillo, lo que motivó que su esposo le dijera:



—No fumes delante de mis amigos, que pueden figurarse algo malo de ti.

—No fumes delante de mis amigos, que pueden figurarse algo malo de ti...

Después de la cena, a los acordes de un gramófono, hubo baile. Tomás danzó con la esposa de su amigo y éste quiso hacerlo con Lina. Le enseñó un baile nuevo, y como la joven consideró que se burlaba de

ella, sin poderse contener, dió un bofetón al muchacho.

Tomás se enfadó con su esposa.

—Tienes que dejar esos humos, Lina. Mis amigos son mis amigos, y no está bien que mi mujer los maltrate...

Pero como ella continuase poniendo el gesto huano, el matrimonio invitado decidió marcharse. Tomás, disgustadísimo, dejó a su mujer, yendo a acompañar a sus buenos amigos... Y Lina quedó sola, preguntándose si no había equivocado la vida.

* * *

Margarita se dió al fin cuenta de que la felicidad no la constituyen las joyas ni los automóviles, y meditando en ello se le ocurrió un día la idea de que si Tomás Mc. Guire fuese su *chauffeur*, tendría un amigo con quien poder hablar a su manera. Y sugestionada por esta idea, fué a buscarle a su casa.

Lina había salido. Tomás la recibió con emoción. ¡Oh, la compañera de la niñez! Margarita se entusiasmó con la casa de su amigo:

—Tienes una casita preciosa... Oye... si tu mujer no tiene inconveniente, quiero que seas mi *chauffeur*.

Tomás aceptó. Llevaba sin colocación algunos meses y ahora su antigua amiga le resolvía el problema.

Margarita estaba encantada. ¡Nido delicioso, nido para el amor!...

—Fíjate en el piano—le dijo Tomás, sonriente.

Y se asombró al ver que el piano se transformaba, apretando un resorte, en una espléndida cama de matrimonio.

—¡Oh, qué gracioso!

Hablaron de sus respectivas vidas. Tomás descubrió en sus palabras que no era feliz. Tampoco él... Lina era muy buena, pero tenía un carácter y unas costumbres...

—¿Quieres que haga unas pastas mientras esperamos a tu mujer?

—De mil amores.

Fueron a la cocina, y Margarita, colocándose un delantal, convirtiése en una encantadora cocinera. Al poco tiempo hizo unos pasteles sabrosos. Mientras los saboreaban, Margarita sintióse propicia a las confidencias. Y poniendo su mano enharinada sobre el hombro de Tomás, le dijo:

—Tú no puedes formarte idea de lo triste que me siento en aquella casa, en la que todos me aborrecen.

—¿Hasta tu marido?

—No... él no... pero está dominado por su familia...

—¡Pobre Margarita!

Llegó Lina. La presencia de la esposa de Ricardo, su antiguo novio, la puso de mal humor. Vió la huella de las manos de Margarita en la americana de Tomás. Y señalando la mancha acusadora le interrogó:

—Al parecer os estabais divirtiendo, ¿verdad?

—Mujer, ella ha venido a ofrecerme un empleo de *chauffeur*.

—¡Ah! ¡No! ¡No! ¡Yo no puedo permitir que seas un servidor de la mujer de Ricardo!—exclamó.

—Tu desconfianza me avergüenza... Esa muchacha, que es todo corazón, me ha ofrecido un empleo... y como no tengo otro, lo aceptaré aunque tú te opongas...

Y Lina tuvo que resignarse humillada. ¡Ay, qué penoso era vivir así! Le parecía que amaba a Tomás cada día un poco menos...

* * *

Llegaron las fiestas de Carnaval, y Elisa Prentis organizó en su casa una fiesta de disfraces.

Margarita estaba preciosa con su traje de máscara. Elisa entró en su tocador y dijo:



—Al parecer os estabais divirtiendo, ¿verdad?

—Estás encantadora con ese disfraz, pero supongo que no habrás olvidado lo que pasó la noche de la cena... Tal vez sería un acierto que no bajases a la fiesta esta noche.

Y Margarita atendió la indicación de su cuñada. ¡Era tan poquita cosa en aquel palacio! Se resignó

a contemplar desde un palco del piso principal el aspecto sumptuoso del salón. Ricardo, extrañado al no ver a su esposa, la buscó inútilmente hasta que un amigo le advirtió que Margarita asomaba su linda cabeza entre las cortinillas de un palco. Fué a su encuentro, sorprendido.

—¿Qué haces aquí? ¿Por qué no vas al salón?

—No he bajado a la fiesta—contestó—porque sé que estorbo en ella.

—Margarita, por Dios. ¿Quién te ha dicho eso?

El nuevo *chauffeur* de Margarita, Tomás, llegóse hasta ella, e inclinándose dijo:

—Se le ha olvidado a la señora el abrigo en el *auto*, y como no encuentro a su doncella, lo traigo yo mismo.

—¡Ah! Gracias.

Cuando el *chauffeur* se alejó, Ricardo interrogó a su esposa:

—¿Qué hace aquí este hombre? Yo no puedo consentir que el marido de una antigua novia mía guíe tu *auto*. No quiero que la gente se burle de ti... y de mí...

Tomás, tras un tapiz, escuchaba con interés la conversación.

—Ya te he dicho—respondió Margarita—que no he bajado a la fiesta de tu hermana porque sé que estorbo en ella... Si no soy digna de alternar con tus parientes y amigos, ¿con qué derecho me pides cuenta de mis actos?

Iba a contestar, cuando irrumpieron varias máscaras importunas que, rodeando a Ricardo, se lo llevaron al salón. Tomás salió de su escondite.

—¡Pobre Margarita, qué desgraciada eres!—dijo compadeciéndola.

—Mira—contestó ella con una extraña excitación—, no quiero hacer el papel de pájaro aburrido en una jaula dorada; y como tampoco quiero aburrirme, he decidido ir a Coney Island a divertirme. Prepara el coche... Tú me acompañarás...

Y al poco rato, salían de aquella casa... Un criado

fué seguidamente a comunicar a Ricardo que la señora acababa de marchar con su *chauffeur*...

—Perdone el señorito—dijo con pena—, pero me parece que ha vuelto a beber.

—Tráeme el sombrero y el abrigo y que preparen en seguida mi coche.

¡Pobre Ricardo! ¡Sufría el error más grave de su existencia!

Margarita y Tomás pasaron una alegres horas en el parque de atracciones de Coney Island. Parecía revivir el recuerdo de su infancia, la tristeza de no haberse casado, el dolor de su vida truncada para siempre. Los dos eran desdichados, infelices.

Subieron a la rueda de Ferris, uno de los mayores atractivos del parque. Una importuna avería les impidió descender. Estaban a una altura de más de 50 metros.

¡Maldito contratiempo! Los dos estaban prisioneros, encerrados en uno de los cochecitos. ¡Buena la habían hecho! Tendrían que resignarse a pasar la noche allí.

Y allí en lo alto, brotaron las más íntimas confidencias.

—Margarita, los dos nos hemos equivocado... ¿por qué no empezar de nuevo nuestras vidas?

Y ella le miraba con dulzura y tristeza. ¡Ay! ¿por qué hacer las cosas así, de improviso? ¿Por qué no meditarlas antes?

Entretanto, Ricardo había buscado inútilmente a

Margarita. ¿A dónde habría ido a aquellas horas? Creyó que lo más oportuno era dirigirse a casa de Tomás. Hablaría con él; no podía continuar como *chauffeur*, sin que su dignidad se resintiese.

Cuando vió a Lina, se miraron con honda emoción. Vacilaron sus manos al estrecharse cordialmente. ¿No había llegado aún Tomás?

—No—contestó ella—. Es posible que se haya quedado a jugar al billar en el café de Kelly...

La noche era propicia a la intimidad... y Lina, disgustada por el alejamiento de Tomás, confesó que no era feliz, que su existencia era desolada y triste. Tampoco Ricardo podía sentirse contento. Pero era un esclavo de la fatalidad. Ya que habían escogido por su propia voluntad cada cual aquella vida, debían resignarse, obedecer.

—Es necesario que tengamos valor para afrontar las consecuencia de lo que hicimos, y sepamos descender de nuestro ensueño a la realidad de la vida que por nuestro gusto nos hemos impuesto—le replicó tristemente.

—Ella era más frágil y no sabía resignarse:

—Ricardito, tú no puedes hacer feliz a Margarita con perlas y automóviles, porque ella se conforma con goma de mascar. Ni yo puedo hacer dichoso a Tomás con versos, porque a él le basta con la prosa vulgar de su vida.

—Y, sin embargo, Margarita es mi esposa y la sabré defender contra todos.

Pasaban las horas de la noche. Allá, en Coney Island, pudieron finalmente arreglar la rueda y a las cuatro de la mañana Tomás y Margarita eran libres. La muchacha estaba asustada por las consecuencias que podía llevar aquello. ¿Qué iba a decir Ricardo?

—No te espantes. Lo mejor es que vengas conmigo a casa. Lina le explicará mañana a tu marido lo ocurrido, y así evitaremos el escándalo.

Porque ella no quiso ceder a las súplicas de Tomás. Antes que nada era esposa y sería siempre fiel a su Ricardo.

Cuando amanecía llegaron a la casa de Tomás. Ricardo y Lina continuaban platicando. Tomás quedó lúido al ver al marido de Margarita. Y explicó toda la verdad.

—¿No ha podido durrir una mentira menos inocente que esa de la rueda de Ferris?—preguntó, con una fría sonrisa, Ricardo.

—No, Ricardo—dijo Margarita abrazándose a él—. Tomás dice la verdad. Lo que te pasa es que estás tan convencido como él y yo de que nos hemos equivocado en el camino de la vida.

Ricardo inclinó la cabeza. ¡Cómo se había burlado la vida de todos ellos! Pero ¿consentiría en perder a su mujer? No, no; a pesar de todo amaba a Margarita. Y tampoco era posible sospechar de Tomás.

—Margarita—le dijo—, tú eres mi esposa, y pese a todas las equivocaciones nadie se atreverá a separarte de mi lado mientras yo viva.

Tomás era el rebelde. A quien amaba, lo comprendía ahora, era a Margarita, y no podía evitar cierto disgusto al ver junto a él a Lina que le miraba con desaliento.

Pero entonces ocurrió un hecho inesperado. Estalló un incendio en el piso contiguo. Cuando se dieron cuenta, las llamas invadían la escalera. Iban a morir abrasados. Ricardo se dispuso a salvar a Margarita. Y Tomás, prescindiendo de su esposa que se encontraba en un rincón, ayudó a Prentis a poner en salvo a la joven.

Ricardo le rechazó:

—Cuide usted de Lina... Sálvela como es su deber...

En aquel momento, Tomás sólo veía a su compañera de infancia, a la mujer con la que pudo ser feliz. Y olvidándose por completo de la suya, junto con Ricardo transportó a Margarita por aquel mar de llamas hasta ganar la calle.

Lina, horrorizada, temerosa de lanzarse sola al través de la escalera incendiada, se disponía a morir. ¡Su esposo la había abandonado!

En la calle, Ricardo, jubiloso por haber salvado a Margarita, preguntó a Tomás:

—Y Lina, ¿dónde está Lina?

El muchacho no contestó. Estaría allá arriba, en el incendio. Parecía atortado. La noche en el parque le había convertido en un autómata.

—¿Por qué no fuiste a buscarla?—rugió Ricardo—. Allá voy yo...

Y desoyendo las órdenes de los bomberos que habían acudido a sofocar el fuego, llegó a la habitación y pudo librar a Lina de las llamas que comenzaban a penetrar en el cuarto.

—¡Ah! ¿Eres tú, Ricardo?—dijo—. Y Tomás, ¿qué ha sido de Tomás?

—Él está en salvo—contestó.

Y cuando llegaron a la calle, Ricardo, llevando el cuerpo de Lina, dijo al egoísta marido:

—Tomás, ahí tienes a tu esposa... Procura indemnizarla a fuerza de cariño del daño que hayas podido hacer en su alma, como yo haré con la mía...

—¡Lina! ¡Lina!—exclamó Tomás, conmovido; y reaccionando contra su pasajera debilidad, por primera vez sintió en su corazón la voz del arrepentimiento y del deber que le obligaba a amar a la muchacha que era su esposa ante Dios. ¡Lina! ¡Lina!

Y la mujer, que había recobrado el conocimiento, perdido al pasar entre las llamas, le sonrió con una sonrisa que prometía para lo futuro la resignación y la paz del hogar.

FIN

Con esta novela exija V. la postal de Jacqueline Logan

PRÓXIMO NÚMERO

La grandiosa joya "UNIVERSAL"

K. el Desconocido

Creación de los célebres artistas VIRGINIA VALLI, PERCY MARMONT, MARGARITA FISHER, etc.

ÉXITO ENORME

Postal regalo: GABRIEL SIGNORET

LA NOVELA FILM sale todos los martes

Precio: 30 cts.

Los Grandes Films
de

La Novela Semanal Cinematográfica

han publicado recientemente los grandes asuntos

Cuando las mujeres aman

El Capitán Blood

Más fuertes que su amor

ELLA.....

Esta semana:

Demasiadas mujeres

A estos éxitos seguirá el de la esperada novela

Nobleza baturra

*

Esmerada presentación. Sea usted colecciónista de *Los Grandes Films*

IMPORTANTE

Al público

En vista de los numerosos pedidos que todos los días nos llegan, de números atrasados de nuestras publicaciones, nos place comunicar a nuestros amables lectores que **desde primeros de abril existirán depósitos de todas nuestras publicaciones** todos los quioscos y librerías de Es-

া.
¡¡ Es, pues, el momento de completar las colecciones !!

IMPORTANTE

A los corresponsales

Con el fin de que puedan contentar a todos sus clientes en cuanto a las demandas de números atrasados y para evitarles momentoáneo desembolso, esta Dirección, de acuerdo con sus distribuidores, **ha decidido establecer depósitos de los números atrasados de todas sus publicaciones.** Si no ha recibido dicho depósito y lo desea, pida las colecciones que necesite a SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERÍA, DIARIOS, REVISTAS Y PUBLICACIONES, S. A., Barbará, 16, BARCELONA; Ferraz, 21, MADRID; Ferrocarril, 20, IRÚN.